



Universidad de Valladolid

Facultad de Filosofía y Letras

Grado en Historia

**El ceremonial en Nápoles durante la visita de
María Ana de Austria en 1630**

Mario Gutiérrez Pantoja

Tutor(a): Carlos José Hernando Sánchez

**Departamento de Historia Moderna, Contemporánea, de
América y Periodismo**

Curso: 2024-2025

Resumen

Es necesario estudiar el ceremonial que se desarrolló en Nápoles durante la visita de la infanta María Ana de Austria en 1630, en su viaje a Austria para oficializar su matrimonio con el emperador Fernando III, para así comprender la situación del Reino de Nápoles en 1630. Mediante el estudio de fuentes primarias como los apuntes del maestro de ceremonias José Renao, y bibliografía concreta sobre el tema, se encuentran los aspectos más destacados del ceremonial durante la visita y las tensiones políticas que formaron parte de su desarrollo. La pugna entre los dos virreyes, el duque de Alcalá, virrey en funciones, y su predecesor, el duque de Alba, fue determinante para el desarrollo de la visita de la infanta a la ciudad y el desarrollo del ceremonial. En este caso destaca cómo el ceremonial no es un simple protocolo, sino una herramienta de poder y de representación de la Monarquía de España.

Palabras clave

Ceremonial, María Ana, Nápoles, Visita, Virreinato, Virreyes.

Abstract

It's necessary to study the ceremonial that was developed during the visit of the princess Maria Ana of Austria in 1630, in her journey to make her marriage to Emperor Ferdinand III official, in order to understand the situation of the Reign of Naples in 1630. By studying primary sources like the notes of the master of ceremonies José Renao, and concrete bibliography about the topic, highlights of the ceremony are found during the visit and the political tensions that were par of the development. The struggle between the two viceroys, the Duke of Alcalá, acting viceroy, and his predecessor, the Duke of Alba, was decisive for the development of the visit of the princes to the city and the development of the ceremonial. This case highlights how the ceremonial is not a simple protocol, but a tool of power and representation of the Spanish Monarchy.

Keywords

Ceremonial, María Ana, Naples, Viceroyalty, Viceroys.

Índice

1. Introducción.....	4
1.1. Justificación del tema y objetivos.....	4
1.2. Metodología y fuentes.....	5
1.3. Estado de la cuestión	5
2. El ceremonial napolitano y sus influencias españolas a principios de siglo XVII	6
2.1. Características y espacios del ceremonial	7
3. Pugna política en Nápoles y el matrimonio de María Ana de Austria	14
3.1. María Ana de Austria: matrimonio y visita a Nápoles	14
3.2. Nápoles en 1630 y la pugna política	14
4. La visita de María Ana de Austria a Nápoles: análisis de un ceremonial político .	18
4.1. Preparativos y planificación del ceremonial	18
4.2. Actos públicos y privados.....	19
- Entrada y recibimiento	20
- Palacio, Banquetes, espectáculos y teatro.....	23
- Celebraciones religiosas	24
- Salida de María Ana de Austria de Nápoles	27
5. Conclusiones	28
6. Bibliografía:	30

1. Introducción

1.1. Justificación del tema y objetivos

El ceremonial en la corte española a principios del siglo XVII era muy riguroso y tenía un carácter muy marcado y concreto. Este ceremonial se trasladó al resto de los reinos que pertenecían a esta Monarquía de España, desarrollando de esta manera la tradición ceremonial española e lugares como los territorios italianos de la Monarquía de España o en las Indias españolas. En los territorios de la Monarquía de España agregados, se produjo la confluencia de dos tradiciones, políticas, jurídicas y ceremoniales, la propia de ese lugar y la propia de la Monarquía de España. En el Reino de Nápoles, por su envergadura política, económica, cultural y simbólica, encontramos la máxima expresión del encuentro entre esas tradiciones ceremoniales.

En este trabajo nos centramos en las implicaciones políticas del ceremonial seguido durante la visita de la infanta María Ana de Austria, hermana del rey Felipe IV, con motivo de su escala en Nápoles cuando se dirigía a los territorios austriacos del Sacro Imperio, donde iba a contraer matrimonio con Fernando III de Augsburgo. Esa coyuntura ceremonial estuvo marcada por el conflicto entre el V duque de Alba, Antonio Álvarez de Toledo, anterior virrey de Nápoles y, su sucesor el III duque de Alcalá, Fernando Afán de Ribera. Por esta razón surgirán una serie de problemas en las distintas ceremonias propias de una estancia como era la de un miembro de la casa real, cosa que le costó el puesto de virrey a Alcalá. Además de los problemas de adaptación del ceremonial a las figuras femeninas, que no estaba concretado debido a las escasas visitas de mujeres pertenecientes a la familia real y de tal importancia.

Para entender mejor este conflicto político, abordamos en un primer apartado las diferentes características del ceremonial virreinal vigente en Nápoles, especialmente a través de las diferentes fiestas de la ciudad partenopea, la más grande de toda la Monarquía, y la segunda más grande de Europa, así como las principales figuras responsables del engranaje protocolario. En un segundo apartado analizamos el contexto histórico y político de Nápoles y su corte virreinal, para así comprender mejor el enfrentamiento entre el virrey anterior y el vigente. Nuestro objetivo es comprender la relación entre las tensiones sociales y políticas surgidas durante la visita de la infanta. De esta forma, analizamos los motivos que llevaron a considerar el ceremonial de recepción como una sucesión de errores por parte de los distintos estamentos y responsables políticos comprometidos en el mismo.

Finalmente, en un ultimo apartado, se aborda el ceremonial durante la visita en general,

tanto los actos públicos como privados, los de índole política y religiosa, además de los problemas y tensiones surgidos. Así mismo se abordan las consecuencias de este ceremonial y esta visita para el pueblo de Nápoles y también para la política y la economía de la ciudad, dando una visión general de la importancia que tuvo la visita de la Infanta.

El trabajo analiza el funcionamiento del ceremonial durante el episodio de la visita de María Ana de Austria a Nápoles, tratando tanto el funcionamiento y los detalles de las celebraciones y su ceremonial, como las consecuencias que tuvieron para la ciudad, así como los conflictos que generó.

1.2. Metodología y fuentes

Para realizar este estudio, se han utilizado fuentes bibliográficas especializadas en el tema, tanto monografías como obras colectivas, artículos de revistas y obras extraídas de internet. También obras tanto italianas como españolas que en alguna ocasión dan visiones diferentes del ceremonial y ayudan a enriquecer el estudio del tema. Destaca una obra usada para el último apartado, el propio del análisis del ceremonial durante la visita de María Ana de Austria, en el que encontramos las anotaciones del maestro de ceremonias de la corte virreinal de Nápoles durante este episodio, José Renao, que nos ayuda a aproximarnos al estudio de forma más directa y primaria, al ser espectador de todo este proceso¹.

1.3. Estado de la cuestión

El ceremonial en general ha sido objeto de múltiples estudios, y concretamente el de Nápoles a principios de siglo XVII no iba a ser menos. Encontramos diversas investigaciones entre las que destacan estudios de Carlos José Hernando Sánchez como *Tempi di cerimonie: Miguel Díez de Aux e la corte vicereale di Napoli*², o el análisis de Isabel Enciso Alonso Muñumer, *Nobleza y Monarquía: corte y ceremonial en la “Nápoles española”*³, desde los que podemos encontrar grandes descripciones del ceremonial en Nápoles, además de los diferentes cargos que se ocupaban de que este ceremonial se celebrara de manera correcta y dentro de las

¹ RENAO, José “Ceremoniale Renao – trascrizione”, en Antonelli, Attilio (coord.), *Ceremoniale del vicereame spagnolo di Napoli 1535-1637*, Napoli, arte’m, 2019

² HERNANDO SÁNCHEZ, Carlos José, “Tempi di cerimonie: Miguel Díez de Aux e la corte vicereale di Napoli”, en A. Antonelli (ed.), *Cerimoniale del vicereame spagnolo di Napoli, 1503–1622*, Nápoles, Estudio de Arte Paparo, 2016.

³ ENCISO ALONSO-MUÑUMER, Isabel, “Nobleza y Monarquía: corte y ceremonial en la “Nápoles española””, en García Guerra, Elena María, Linares González, Hector, Perruca Gracia, Marina, Feros Carrasco, Antonio (coords.), *De la nobleza y la caballería: privilegio, poder y servicio en la articulación de la sociedad moderna, ss. XVI-XVII*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2019.

normas.

Para abordar el conflicto entre el V duque de Alba y el III duque de Alcalá, imprescindible para entender tanto el contexto napolitano de 1630 como el porque del desastre del ceremonial durante la visita de María Ana de Austria, destacan obras que han tratado sobre todo las figuras de los virreyes de Nápoles, como puede ser el estudio de Carlos José Hernando Sánchez, *Los virreyes de la Monarquía de España en Italia, Evolución y práctica de un oficio de gobierno*⁴, o la obra colectiva *Visiones Cruzadas. Los virreyes de Nápoles y la imagen de la monarquía de España en el Barroco*⁵, dirigida por Ida Mauro, Milena Viceconte y Joan Lluís Palos, que contiene una serie de biografías y explicaciones sobre los mandatos de los diferentes virreyes de Nápoles.

Para analizar la propia visita la obra utilizada principalmente ha sido, el trabajo de Vittoria Fiorelli <<Non cala la testa di niuna maniera>>: *il soggiorno napoletano di Maria Anna d'Austria nel 1630*⁶, que aborda en su totalidad la visita, analizando tanto el ceremonial como sus consecuencias para Nápoles.

2. El ceremonial napolitano y sus influencias españolas a principios de siglo XVII

El ceremonial en Nápoles nace de las distintas influencias introducidas por las sucesivas dinastías del reino, tanto de la casa de Anjou desde mediados del siglo XVIII hasta mediados del siglo XV, como de la casa de Aragón y luego del conjunto de la Monarquía de España. A lo largo del siglo XVI se consolidó una tradición ceremonial propia que los sucesivos virreyes fueron desarrollando para potenciar su condición de imagen del monarca, a través del distanciamiento gradual, mediante el tiempo y el espacio, respecto a la nobleza y los otros poderes del reino. Se trata de un proceso común a la mayor parte de las cortes de Europa y en concreto de la Monarquía de España. En el caso particular de Nápoles, se utilizaron las costumbres ceremoniales de la corte regia, condicionadas por la introducción de la etiqueta borgoñona por parte de Carlos V a partir de 1547. Así lo reflejan las recopilaciones de etiquetas virreinales en Nápoles, al menos desde la elaborada por el jurista Juan de Garnica en 1595. El protagonismo del ceremonial recaía en funciones como la regulación del acceso al virrey,

⁴ HERNANDO SANCHEZ, Carlos José, “Los virreyes de la Monarquía de España en Italia, Evolución y práctica de un oficio de gobierno”, en *Stvdia Historica. Historia Moderna*, 26 (2009).

⁵ Mauro, Ida, Viceconte, Milena, Palos, Joan Lluís (eds.), *Visiones Cruzadas. Los virreyes de Nápoles y la imagen de la monarquía de España en el Barroco*, Barcelona, Edicions de la Universitat de Barcelona, 2017

⁶ FIORELLI, Vittoria, “<<Non cala la testa di niuna maniera>>: il soggiorno napoletano di Maria Anna d'Austria nel 1630”, en Galasso, Giuseppe, Quirante, José Vicente, Colomer, José Luis (dirs.), *Fiesta y Ceremonia en la corte virreinal de Nápoles (siglos XVI y XVII)*, Madrid, Centro de Estudios Europa Hispánica, 2013.

estructuraba el espacio ceremonial en la ciudad y colocaba a cada individuo en su lugar correspondiente, dependiendo de su honor y preeminencias. Si se producían cambios, estos podían ser considerados como una lucha política, un reforzamiento de la autoridad virreinal o para mostrar otro tipo de conflictos⁷.

En Nápoles, la evolución de este poder virreinal y el ceremonial, con sus formas, ideas, imágenes y espacios, muestra la doble dimensión, sagrada y profana, que existía tanto en la ciudad como en el Reino, que condicionaba a su vez a la totalidad de la Monarquía de España. El discurso cortesano tuvo una gran influencia en todos los ámbitos, y fue clave en la convivencia en esta época en la que los nobles se guiaban por la necesidad de reputación unida a las implicaciones religiosas de la necesidad de eternidad. Esta tradición reflejada por múltiples testimonios teóricos y literarios se plasmó en imágenes, palabras y espacios, creándose así una memoria que transmite a través de textos y manuscritos los principios de la sociedad. Se trata de dimensiones de una concepción ceremonial del poder, encarnada en los espacios del palacio y la ciudad. Libros de ceremonias como el de Miguel Díez de Aux datado en 1620 o el de José Renao, nos permiten conocer mejor este entramado ceremonial teniendo en cuenta que este tipo de obras, redactadas por y para el poder, eran de difícil acceso más allá del auditorio restringido de la corte virreinal⁸.

Al igual que Díez de Aux, José Renao ocupó el oficio de Maestro de Ceremonias del Palacio Real de Nápoles, y en su obra hace una recopilación de todas las ocasiones protocolarias, entre las que destacaban las fiestas religiosas en las que el virrey solía visitar algunas de las principales iglesias de la capital, a la vez que otro tipo de actos ceremoniales. De esa forma recopiló 48 acontecimientos distribuidos según el calendario litúrgico. Los virreyes en Nápoles mezclaron y desarrollaron los modelos culturales y religiosos de origen castellano, aragonés y borgoñón, para así dar legitimidad y glorificar a la Corona y al Rey, por ejemplo, a través del culto a los santos de origen español, así como se incentivó también la participación en las festividades de los santos napolitanos⁹.

2.1. Características y espacios del ceremonial

El ceremonial napolitano, como el de otras cortes provinciales de la Monarquía,

⁷ ENCISO ALONSO-MUÑUMER, Isabel, *op. cit.*, p. 147

⁸ HERNANDO SÁNCHEZ, Carlos José, “Tempi di cerimonie” *op. cit.* p. 12

⁹ NOVI CHAVARRIA, Elisa, “Dentro e fuori di Palazzo. Cerimonie e pratiche religiose degli spagnoli a Napoli, secc. XVI-XVII”, en Antonelli Attilio, Chiantore, y Mazzola, Elana (coords.), *Napoli vicereale e le altre corti spagnole in Italia*, Napoles, FedOAPress, 2023, pp 167-168.

comparte lenguaje, no solo con otras cortes italianas, sino que también con otras afines como las de Viena o Praga, pero también con algunas contrarias como París y Londres. Que existan estos recursos en común, conlleva asimismo la diversificación de las formulas empleadas. Esto consiste en una gramática del poder que contiene variedad de lenguajes dependiendo de los organismos políticos, que tienen su propio vocabulario y sintaxis¹⁰.

Nápoles sufrió una gran influencia por parte de la sociedad aristocrática local, que contaba con mucho poder a principios del siglo XVII, lo que llevó a la Corona a fortalecer los mecanismos de representación nobiliaria en la corte del virreinato. La preeminencia regia se plasmó sobre todo en las obras urbanísticas, centradas en la consolidación de estructuras defensivas y en la reorganización de la zona portuaria, a través de los proyectos de Doménico Fontana, arquitecto septentrional encargado también de la erección de un nuevo Palacio Real a partir de 1600, precisamente para atender a las crecientes necesidades ceremoniales, así como responsable de algunos de los principales aparatos efímeros de las fiestas cortesanas. Sin abandonar sus características militares, Nápoles durante el siglo XVII se convirtió en una ciudad donde prevalecía el ceremonial, como demuestra por Díez de Aux en su obra, a través de los itinerarios de las festividades. En las representaciones rituales participaban todos los cuerpos políticos de la sociedad. Este conocimiento de las normas del ceremonial en un inicio era solo conocido por unos pocos, pero lentamente comenzó a difundirse. Destaca también la recepción e interpretación de dibujos de cartógrafos e ingenieros, que se desarrolló a la vez que las ceremonias que eran la base de la vida en palacio, adaptadas a una serie de prácticas regladas también con la ayuda de dibujos que dividían la jerarquía en la corte¹¹.

En cuanto a los escenarios del ceremonial encontramos: entradas, audiencias, la Capilla real, fiestas religiosas (como las recogidas por José Renao), comidas, paseos y torneos. Estas celebraciones ceremoniales se daban en lugares diferentes, entre los que encontramos: el puerto, el Palacio, la Catedral e iglesias, y los barrios de la ciudad. Todos estos espacios eran definitorios de estas celebraciones, como de las entradas que se hacían en el puerto, Palacio, catedral y en los *seggi* o plazas de las circunscripciones en las que se dividían los 5 principales barrios de la capital. Por supuesto, era central el ritual de las audiencias que se realizaban en el Palacio, las exequias, celebradas en la propia residencia virreinal, la Catedral, en la iglesia de *Gesù* o de la Cruz, la apertura del Parlamento se daba en el refectorio del convento franciscano

¹⁰ HERNANDO SANCHEZ, *Tempi di cereminie* op. cit. p. 12-13

¹¹ HERNANDO SANCHEZ, *op. cit.* p. 13

de San Lorenzo Mayor y *Castel Capuano*, que era la sede de los tribunales del Reino desde 1640. Así mismo contamos con abundante documentación sobre banquetes, bailes y torneos, en Palacio o en la plaza o *Largo* de Palacio, las diferentes festividades religiosas y visitas a las iglesias y a la catedral, la muestra general de la caballería, en Palacio, en la colina de *Pizzofalcone* y en la Plaza del Mercado, así como los paseos, por mar o por tierra, a la zona de villas costeras en *Posillipo*¹².

Las ceremonias de entrada tenían una estructura concreta que por lo general consistía en un primer lugar en la salida de los virreyes desde Barcelona para hacer el viaje hacia Nápoles. Con anterioridad a su entrada eran alojados en *Pozzuoli*, Isquia o Prócida, localidad e islas próximas a la capital, donde recibían la visita del virrey saliente y de las embajadas de obediencia de las distintas instituciones. Se le hacía una visita privada al virrey entrante por la ciudad de Nápoles para que fuera consciente de su situación. Después de esta fase privada se iniciaba una fase pública de la entrada, que podía realizarse por tierra o por mar. Desde mediados del siglo XVI se consolidó la entrada de los virreyes por la vía marítima, ya que, como decía Capaccio, “*per mare l’attione si fa con maggior pompa*”. De esta manera se formalizaba el relevo de poder de forma ordenada y se inauguraba así un nuevo gobierno. Este ceremonial constaba de tres fases diferenciadas: a las visitas privadas y el recibimiento, seguía la entrada triunfal junto con la ceremonia de juramento, es decir, la legitimación del acceso al poder; y por ultimo la cabalgata por la ciudad, para reforzar el poder y la autoridad del virrey ante la población¹³.

Los virreyes eran acompañados desde el puerto, donde eran recibidos, hasta Palacio por las máximas instancias locales, la nobleza, los Siete Oficios, el gobierno municipal y los tribunales. En la plaza, la infantería española con escuadros y presididas por el maestre de campo y el sargento mayor abatían las banderas a su paso, a la vez que el virrey hacía paradas, saludaba y se descubría, en señal de cortesía. Para finalizar, en el patio, las damas tituladas recibían a la virreina, y esta con su esposo se retiraban para descansar. El juramento y la cabalgata final se realizaban al día siguiente, cuando el virrey iba ataviado con un traje de brocado de oro y a caballo, para dirigirse a la catedral, con el mismo acompañamiento que en las ceremonias anteriores. En el templo mayor le recibía el cuerpo religioso y el virrey presidía el acto desde el presbiterio. Así pues, encontramos tres planos en este ceremonial, por un lado,

¹² ENCISO ALONSO- MUÑUMER, *Nobleza y Monarquía*, op. cit. p. 154

¹³ ENCISO ALONSO- MUÑUMER, op. cit. pp. 155-156

el virrey y las autoridades locales (el gobierno de la ciudad y de la Iglesia) y los representantes del pueblo de Nápoles (los estratos medios del Populo que tenían su propia plaza y *seggio*). Todos ellos se involucraban en estas ceremonias a lo largo de la celebración de la recepción, legitimación y la aprobación de la autoridad virreinal¹⁴.

En las audiencias el virrey atendía las peticiones del pueblo, para lo cual era necesaria la graduación del espacio y del mobiliario (bancos con respaldo o terciopelo), la custodia de las puertas a través de porteros, alabarderos y el portero de guardia, así como el tratamiento (vos, señoría, excelencia, etc), que constituían la jerarquía. Con el inicio del siglo XVII no cambió la estructura de las audiencias, pero sí se incrementó el número de los oficios que prestaban servicio, en un momento clave de la actividad de representación de la Monarquía. Mientras que los porteros daban paso y despedían a los pretendientes en estas audiencias, ya en el interior de la sala estaba la guardia alemana con las alabardas para custodiar al virrey¹⁵.

Las audiencias secretas se hacían en los aposentos virreinales, pero solo para unos pocos, entre los que destacan los Siete Oficios del Reino (procedentes de la tradición de la casa de Anjou), los Grandes de España, los Caballeros del Toisón de Oro, los nobles titulados, el consejo Colateral (máximo órgano de gobierno político y judicial del Reino), los arzobispos, obispos y miembros de los altos tribunales, que accedían en orden de antigüedad, por lo que debía fijarse tanto la hora como la duración de la audiencia para el resto de los demandantes, a fin de atender a todos. En este tipo de audiencias también estaban presentes el Camarero Mayor y gentilhombres de la cámara virreinal, oficios decisivos en el sistema institucional de la Casa del Virrey que era el núcleo de su corte. El virrey presidía la recepción sentado bajo un dosel y sobre un estrado y rodeado por nobles, eclesiásticos y miembros del consejo. También se estipulaba la hora y la duración de la audiencia secreta para caballeros privados y se incorporaban ambas audiencias a oficios de la Casa.

El virrey contaba con un séquito cada vez más grande, que remarcaba la dignidad de su cargo. Así mismo sus gestos, cuidadosamente regulados, al igual que en el Alcázar de Madrid, realzaban la superioridad del oficio virreinal como representante del poder real, ya que permanecía sentado y cubierto, estaba en un lugar central y elevado, y lo acompañaba un

¹⁴ ENCISO ALONSO- MUÑUMER, *op. cit.* p. 157-158

¹⁵ ENCISO ALONSO- MUÑUMER, *op. cit.* p. 158-159

colorido sequito¹⁶.

El Parlamento es otro de los principales centros ceremoniales, como escenario simbólico de la relación rey-reino e imprescindible para la obtención de recursos. Solo podía ser convocado por el virrey y, tanto la apertura, como la clausura eran presididos por él. En la ceremonia de apertura se reforzaba la preeminencia del virrey, de su función y de su presidencia. El parlamento ostentaba un papel fundamental en el diálogo entre el poder real y el del reino de Nápoles, que no fue siempre fácil, por lo que esta apertura tenía un significado especial¹⁷.

La Capilla Real era un ámbito ceremonial esencial, al igual que en la corte regia y en las otras cortes virreinales, debido a su doble dimensión litúrgica y política en la que se entremezclaban música, religión y magnificencia. A su frente estaba el Capellán Mayor del Reino, asistido por los capellanes, el Sacristán Mayor, junto a los músicos. La música resaltaba la solemnidad y la sacralidad de la presencia escénica del virrey en la liturgia, a partir de su ubicación a la izquierda del altar mayor¹⁸.

Cuando se comenzó a construir el nuevo Palacio Real por Fontana se trasladó allí la Capilla Real, antes ubicada en Castelnuovo. Desde este momento las celebraciones de la corte, que eran la gran expresión ideológica de la fiesta como celebración del poder, fueron trasladadas a las salas del nuevo palacio. Múltiples espectáculos contaban tanto con músicos al servicio de la Capilla Real, como con músicos y cantantes ocasionales, por lo general miembros de las diferentes compañías itinerantes, que hacían gira con sus obras musicales, o también los estudiantes del Conservatorio. Las celebraciones de la corte virreinal estaban marcadas por las etiquetas locales y de la corte regia. En ellas se brindaba un escenario para el reconocimiento del rango de los linajes aristocráticos, tanto napolitanos como españoles. Podían realizarse en los salones de Palacio o en ciertos lugares destacados al aire libre, en festividades civiles y religiosas o, durante el verano en el itinerario costero de las llamadas “delizie di Posillipo”. En ese marco se desarrollaron las necesidades teatrales que fueron evolucionando en las primeras décadas del siglo XVII hacía las grandes operas-torneo o los diversos géneros del rico teatro napolitano¹⁹.

¹⁶ ENCISO ALONSO- MUÑUMER, *op. cit.* pp. 160-161

¹⁷ ENCISO ALONSO- MUÑUMER, *op. cit.* p. 162

¹⁸ ENCISO ALONSO- MUÑUMER, *op. cit.* pp. 164-165

¹⁹ ROMANA VENEZIANO, Giulia Anna, “La actividad teatral” en Mauro, Ida, Viceconte, Milena, Palos, Joan Lluís (eds.), *Visiones Cruzadas. Los virreyes de Nápoles y la imagen de la monarquía de España en el Barroco*, Barcelona, Edicions de la Universitat de Barcelona, 2017, pp. 144-146.

Esos recursos ceremoniales se desplegaban con máximo esplendor para recibir a visitantes ilustres. En ese sentido destacan varias entradas durante el siglo XVI como la de Juan de Austria, y también en el siglo XVII como la del Duque de Mantua o la de María Ana de Austria, que aquí nos ocupa. Durante estas visitas se celebraban torneos, *sortijas* y carreras. La nobleza desplegaba su capacidad de ser anfitriona, a través de banquetes y otros espectáculos. Fuera de la ciudad otra actividad revestida de rango ceremonial era la caza. Así mismo, los visitantes gozaban de la hospitalidad de las autoridades eclesiásticas, que les permitía visitar las reliquias de San Genaro y participar en ceremonias religiosas.²⁰

Especial relevancia tenían los rituales de Semana Santa, desde el lavatorio de pies el Jueves Santo, hasta las felicitaciones de Pascua. Entre las procesiones más importantes destacan la de las reliquias de San Genaro, de la que tenemos registro, por ejemplo, durante la erupción del Vesubio del 1631²¹. También la procesión de la Concepción descrita por Renao, que se celebraba en un inicio en la iglesia de Santa María la Nova, próxima al Palacio, pero posteriormente se trasladó al interior de este²². Destaca también la festividad de la Encarnación en la que se celebraba una procesión en la que se portaban una variedad de reliquias²³. Otras fiestas en las que participaba el virrey eran además de la de San Genaro, patrón de Nápoles; la fiesta de San Juan Bautista, dotada de un alto contenido político por la rica decoración de las arquitecturas políticas que jalonaban el centro de la ciudad, como ocasión para mostrar el triunfo del gobierno virreinal, al igual que sucedía con la fiesta del *Corpus Christi*²⁴.

En la corte de Nápoles era indispensable el concurso de la nobleza, como un reflejo de la corte regia en Madrid. La existencia nobiliaria estaba marcada por una creciente teatralización. En sus ambientes palaciegos se remedaban las costumbres cortesanas irradiadas desde el centro de la monarquía. Algunos nobles cedían sus palacios a los virreyes, adornándolos en honor suyo y del Soberano²⁵.

²⁰ ENCISO ALONSO- MUÑUMER, *op. cit.* p. 170

²¹ RIVAS ALBALADEJO, Ángel, “Jusepe Renao e la Napoli vicereale del Seicento. Portieri di camera e maestri di cerimonie”, en Antonelli, Attilio (coord.), *Ceremoniale del viceregno spagnolo di Napoli 1535-1637*, Napoli, arte’m, 2019, p. 46.

²² ATTILIO, Antonelli, “Introduzione”, en Antonelli, Attilio (coord.), *Ceremoniale del viceregno spagnolo di Napoli 1535-1637*, Napoli, arte’m, 2019

²³ RIVAS ALBALADEJO, Ángel, “Fiestas nupciales en el Palacio Real de Nápoles: las celebraciones por las bodas de los marqueses de Tarazona en 1633” en Antonelli, Attilio, Chiantore Francesca, Mazzola Elena (coords.), *Napoli vicereale e le altre corti spagnole in Italia*, Italia, FedOAPress, 2023, p. 151.

²⁴ ENCISO ALONSO- MUÑUMER, *op. cit.* p. 171

²⁵ ENCISO ALONSO- MUÑUMER, *op. cit.* pp. 171-172

A partir de 1603 en la plaza del Palacio se realizaban los torneos, que eran seguidos por un baile y sarao en el interior. El Palacio era acondicionado con ricas telas y con colgaduras de paño y dosel con sillas para los virreyes durante estas celebraciones. También se reservaba un espacio para titulados, Grandes y oficiales. Como en casi todas las ceremonias y celebraciones, el Maestro de Ceremonias era el encargado de marcar las pautas. La relevancia de la figura del virrey en estos actos se observaba en su centralidad en cuestión al espacio, la visibilidad de su heráldica y la potestad de dar inicio y fin a la fiesta. Especialmente significativos por el simbolismo de la coreografía y de los programas iconográficos eran los torneos organizados en la misma plaza del Palacio, con suntuosos carros triunfales e invenciones visuales²⁶.

En cuanto a los diferentes oficios ocupados en la administración del ceremonial, destaca la figura del citado Maestro de Ceremonias, que acompañaba al virrey en todas las apariciones públicas y en Nápoles era conocido también como Ujier Mayor. Se encargaba de que todas las celebraciones, tanto civiles como religiosas, se desarrollaran de manera correcta, siguiendo respetuosamente un protocolo y evitando introducir innovaciones. Este oficio era nombrado por el propio virrey entre los cuatro Porteros de Cámara, encargados de vigilar la entrada a las diferentes salas de la planta noble del Palacio Real. Entre sus funciones estaba también organizar el calendario y el diario de las ceremonias que tendrían lugar a lo largo del año. Hacían una recopilación de sus apuntes en los que incluían copias de ordenanzas, disposiciones y memoriales en relación con sus funciones. Todo este material, reordenado por el propio Maestro de Ceremonias daba lugar a los conocidos como “Libros de ceremonias”. El primer Maestro de Ceremonias que se conoce es Miguel Díez de Aux, que trabajó durante cuarenta años en el Palacio Real de Nápoles. Su diario manuscrito habla, sobre todo, de los mandatos del VI conde de Lemos y del conde de Benavente, en sus funciones como Virreyes. Su sucesor en el cargo fue José Renao, cuyo libro de ceremonias no publicado hasta el siglo XIX, es el más completo que se conserva. Estuvo al servicio del V Duque de Alba entre 1622 y 1629, y tras una breve pausa durante el mandato del III duque de Alcalá, volvió a servir al conde de Monterrey hasta 1637²⁷.

La corte virreinal de Nápoles es una de las mejor estudiadas de la Monarquía, tanto en su evolución, como en los aspectos festivos y organizativos. La renovación de la historiografía del

²⁶ ENCISO ALONSO- MUÑUMER, *op. cit.* p. 172

²⁷ ANTONELLI, Atillio, “Los maestros de ceremonias”, en Mauro, Ida, Viceconte, Milena, Palos, Joan Lluís (eds.), *Visiones Cruzadas. Los virreyes de Nápoles y la imagen de la monarquía de España en el Barroco*, Barcelona, Edicions de la Universitat de Barcelona, 2017, pp. 147-148.

ceremonial virreinal se ha visto impulsada por el estudio de la fiesta como un factor de encuentro entre el ámbito palaciego y la ciudad, especialmente en las décadas iniciales del siglo XVII²⁸.

3. Pugna política en Nápoles y el matrimonio de María Ana de Austria

3.1. María Ana de Austria: matrimonio y visita a Nápoles

María Ana de Austria fue hija de Felipe III y Margarita de Austria. Toda su juventud la pasó en la corte de su hermano Felipe IV debido a la temprana muerte de sus padres. En 1623 culminaron las negociaciones para concertar su boda con el príncipe de Gales, Carlos Estuardo, hijo de Jacobo I de Inglaterra y VI de Escocia, enlace que nunca llegó a producirse por la negativa de la infanta a casarse con un hereje. Las tratativas se desarrollaron en un clima de conflicto general en Europa, desencadenado por el inicio de la Guerra de los Treinta Años en 1618. La Corte de Felipe IV quería establecer una alianza que produjera beneficios a la Monarquía de España que le permitiera afrontar los grandes retos en el Sacro Imperio.

Siguiendo los deseos de Felipe III, acabó por concertarse un matrimonio con la rama germánica de la casa de Austria. De esa forma se acordó la boda de María con su primo el archiduque Fernando, rey de Hungría e hijo de Fernando II, el hermano de Margarita de Austria la madre de la infanta. La boda se realizó por poderes el 25 de abril de 1629, pero sin ninguna celebración destacada. Felipe IV fue el representante del novio, que, desde Austria, envió una embajada para representarle y dotar de múltiples regalos a la novia. En este momento María tenía veinticuatro años, y no parecía muy dispuesta a comenzar el viaje hacia su nuevo destino, por lo que el desplazamiento se pospuso. Para acompañarla fue designado el V duque de Alba.

El cortejo llegó a Viena en 1631, tras un largo viaje iniciado en 1630. De esta manera, se confirmó este enlace a través de la boda solemne. El enlace, supuso el fortalecimiento de la política de las relaciones entre las dos ramas de la Casa Austria e intensificó la participación de la Monarquía de España en la Guerra de los Treinta Años²⁹.

3.2. Nápoles en 1630 y la pugna política

Los virreyes de Nápoles encabezaban una corte que sin contar a las distintas guardias y oficios militares de palacio integraba a unas ciento cincuenta personas dedicadas a distintos

²⁸ HERNANDO SÁNCHEZ, Carlos José, “Nombre y ceremonia: la construcción historiográfica de las cortes virreinales en la Monarquía de España”, en Antonelli, Attilio, Chiantore Francesca, Mazzola Elena (coords.), *Napoli vicereale e le altre corti spagnole in Italia*, Italia, FedOAPress, 2023, p. 37.

²⁹ SEGURA GRAIÑO, Cristina, *María de Austria*, disponible en <https://historia-hispanica.rah.es/biografias/28530-maria-de-austria> fecha de consulta 23/06/2025.

oficios. Así como el virrey era considerado como el *alter ego* del monarca, la organización del Palacio emulaba la de corte regia. El Palacio estaba organizado, al igual que en el Alcázar de Madrid en dos secciones bien delimitadas: la Casa del Virrey y la Casa de la Virreina, reflejo de las Casas del Rey y de la Reina en la corte española. En Nápoles la virreina seguía los usos cortesanos de la consorte real y estaba acompañada por un séquito de doncellas, damas y servidoras varias³⁰.

La corte virreinal contaba por tanto con un sistema de oficios propios de una corte real: Aposentador, camareros, pajes, criados, mozos de cámara, guardarropas, oficiales de recámara, de cocina... El pintor aragonés, Jusepe Martínez, en su visita a la ciudad en 1625 escribió que la ciudad era “la mas opulenta de toda Italia por sus muchos príncipes y señores y la gran corte de sus virreyes”, la grandeza la cual era “más grande y majestuosa que la de muchos reyes, siendo Nápoles no más que un virreinato”. También el comerciante inglés James Howell, que había visitado Nápoles en 1618, afirmó que la grandeza del rey de España era más evidente en Nápoles que en la propia España. Conseguir ser virrey de Nápoles suponía el mejor momento de la carrera al servicio del monarca, siendo el escalón más alto de un verdadero *cursus honorum*.³¹

Hay que destacar la figura de dos virreyes que protagonizaron el panorama político napolitano de principios del siglo XVII debido a la pugna política que se produjo entre ambos. En primer lugar, Antonio Álvarez de Toledo, V duque de Alba y Fernando Enríquez Afán de Ribera, III duque de Alcalá³².

El V duque de Alba accedió al cargo de Virrey de Nápoles en 1622, donde entró con un gran séquito de familiares y criados, y con una serie de objetos de lujo que impresionaron al Maestro de Ceremonias del momento, José Renao. En cuanto a su gestión en Nápoles destaca la lucha contra la carestía y la devaluación de la moneda, ya que se había extendido la falsificación. Recogió dinero para diversas guerras como la que enfrentó a Saboya contra Génova, o para la guerra contra Flandes. También se enfrentó a las incursiones turcas en las regiones meridionales del Circeo y Otranto. En 1630 recibió con sorpresa el nombramiento

³⁰ SOLA, Diego, “En la corte de los virreyes. Ceremonial y práctica de gobierno en el virreinato de Nápoles (1595-1637)”, en *Tiempos Modernos*, 31, 2015, p. 248.

³¹ SOLA, Diego, op. cit. p. 252.

³² PALUMBO, Maria Laura, “Antonio Álvarez de Toledo, V Duque de Alba (Lerín, 1568- Alba de Tormes, 1639)”, Mauro, Ida, Viceconte, Milena, Palos, Joan Lluís (eds.), *Visiones Cruzadas. Los virreyes de Nápoles y la imagen de la monarquía de España en el Barroco*, Barcelona, Edicions de la Universitat de Barcelona, 2017, p. 235

como nuevo virrey del III duque de Alcalá³³. Alba tenía un gran apego a su oficio virreinal en Nápoles por lo que multiplico las expresiones de disgusto con la llegada de su sustituto³⁴.

José Renao ha dejado una imagen muy positiva de la corte del V duque de Alba, compuesta por aristócratas, pintores, literatos, y todo tipo de servidores, hasta el punto de afirmaba que nunca se había visto un virrey como Alba, con tanta autoridad y grandeza real. Sin embargo, la noticia del relevo virreinal debió de suponer un alivio para los más supersticiosos, debido a las varias catástrofes sufridas durante el mandato de Antonio Álvarez de Toledo, como la difusión de la peste siciliana y el hundimiento del valor de la moneda, a lo que se añadió el terremoto de Calabria en 1626, que produjo también gran cantidad de víctimas en la región de Apulia³⁵.

Fernando Enríquez Afán de Ribera, III duque de Alcalá, antes de llegar a Nápoles como virrey estuvo en la embajada de obediencia del Pontífice Urbano VIII, que había sido elegido en 1623, puesto que aceptó con la condición de que posteriormente le fuera otorgado un oficio estable de gobierno en Italia, como era el de virrey de Nápoles. Llegó a Roma para desempeñar este cargo en julio de 1625 cuando fue recibido por el papa. En 1626 regresó a España y tuvo que esperar hasta 1629 para que le nombraran oficialmente virrey de Nápoles en sustitución del V duque de Alba³⁶.

No se sabe exactamente cuáles pudieron ser las razones que motivaron al Conde Duque de Olivares a cesar al V duque de Alba como virrey de Nápoles. Se cree que su presencia en la Corte era demandada por el propio rey, Felipe IV, tal vez para contrarrestar el creciente poder del virrey. O también puede ser que ya se tuviera pensado que este acompañase a la hermana del rey, en el viaje hacia Austria, para convertirse en la esposa del archiduque Fernando. En noviembre de 1628 es cuando el duque de Alcalá, Fernando Afán de Ribera vio cumplido su deseo de ser nombrado el próximo virrey de Nápoles ³⁷.

Llegó a Nápoles el 26 de julio de 1629, pero pronto resultó evidente que desempeñar su

³³ PALUMBO, María Laura, *op. cit.* p. 236

³⁴ HERNANDO SANCHEZ, Carlos José, “Los virreyes de la Monarquía de España en Italia”, *op. cit.*, p. 72

³⁵ ORUETA, Luis, “Antonio Álvarez de Toledo y Baumont, V duque de Alba”, en Orueta, Luis(ed.), *Los Virreyes del Sur de Italia II, Nápoles 1505-1707*, España, 2021, pp. 234-235

³⁶ PALOS, Joan Lluís, “Fernando Enríquez Afán de Ribera, III Duque de Alcalá (Sevilla, 1583- Villach, Austria, 1637)”, Mauro, Ida, Viceconte, Milena, Palos, Joan Lluís (eds.), *Visiones Cruzadas. Los virreyes de Nápoles y la imagen de la monarquía de España en el Barroco*, Barcelona, Edicions de la Universitat de Barcelona, 2017, p. 237

³⁷ ORUETA, Luis, “Fernando Afán de Ribera, III duque de Alcalá de los Gazules”, en Orueta, Luis(ed.), *Los Virreyes del Sur de Italia II, Nápoles 1505-1707*, España, 2021, pp. 240-241.

oficio de virrey no iba a ser una tarea sencilla. Hasta un mes después no pudo hacer su entrada oficial en la ciudad, debido a que el duque de Alba no quería facilitar el relevo en el poder. Así mismo surgieron tensiones con una parte de la nobleza local por cuestiones ceremoniales, además de con el gobierno municipal por problemas fiscales.

En este ambiente conflictivo, el principal problema que tuvo que hacer frente Alcalá, se inició en septiembre de 1630, cuando llegó a la ciudad la hermana del rey. El principal problema radicaba en que el séquito que acompañaba a la infanta estaba liderado por el propio duque de Alba, anterior virrey. De esta manera se produjo entre los dos duques una batalla política, reforzada por el antiguo enfrentamiento entre sus respectivos linajes, adscritos a distintas facciones en la corte de la Monarquía ya bajo Felipe II, cuando los Álvarez de Toledo encabezaban un bando político y clientelar opuesto al del príncipe de Éboli y sus seguidores los Afán de Ribera. El conflicto ceremonial planteado por la visita de María Ana de Austria a Nápoles terminaría con la derrota del III duque de Alcalá. En una carta que fue enviada al rey en diciembre de 1630, Alba acusó a Alcalá de haber ofendido a la reina de Hungría debido a la sugerencia de que su estancia en Nápoles se acortara por los gastos que esta suponía para la ciudad, por haberle dado un alojamiento poco adecuado y por no haberle ofrecido ningún regalo digno del rango de la Infanta. Felipe IV respondió a estas acusaciones destituyendo a Alcalá en abril de 1631 y exigiendo su regreso inmediato a Madrid para que justificara su actitud durante la visita de su hermana. Alcalá demoró los preparativos de su regreso a Madrid aduciendo la complejidad de organizar su equipaje, que incluía al menos veinticuatro cajas con pinturas y objetos adquiridos durante su gobierno en Nápoles. Finalmente abandonó la ciudad en mayo de 1631, aunque permanecieron en ella su esposa y sus hijas.

Aunque fue desterrado de la corte, en 1631 Alcalá estaba ya esperando el perdón real, que llegó en marzo de 1632 cuando fue invitado junto a otros Grandes de España a la ceremonia de juramento de lealtad al heredero, el infante Baltasar Carlos.³⁸

Este clima de tensiones en la corte de Nápoles durante la visita de María de Austria es clave para entender el mal funcionamiento del ceremonial durante su estancia, todo propiciado por el duque de Alba para así acabar con el poder del virrey que le había quitado su puesto, el duque de Alcalá.

³⁸ PALOS, Joan Lluís, op. cit. p. 238

4. La visita de María Ana de Austria a Nápoles: análisis de un ceremonial político

En un primer momento el itinerario de María Ana se había planteado a través del norte de Italia. Después de su salida de Barcelona y su llegada a la Riviera de Liguria, la Infanta debía atravesar Lombardía hasta Trieste, puerto adriático del archiducado de Austria y enclave ceremonial de larga tradición, donde la esperaba la delegación del Archiduque. Tras ser solemnemente recibida en Génova, república aliada de España y vital en las comunicaciones con Italia y Centroeuropa, María Ana y su séquito decidieron abandonar la ruta programada por tierra para seguir un itinerario marítimo. La causa principal de este cambio fue el temor al contagio a la peste, que se estaba esparciendo por Italia³⁹. Estas razones de salud tenían unas segundas intenciones, en función de los intereses V duque de Alba, acompañante oficial de la Infanta. Sus pretensiones eran regresar a Nápoles en una posición privilegiada tras haber pasado un año de su abandono del oficio de virrey de esta ciudad, dejándose así al III duque de Alcalá. De esta manera conseguía consolidar su posición en la corte de Madrid.

La representación dinástica que fue confiada a la hermana del rey dio paso a una escena ceremonial en la que la ausencia del soberano de estos reinos era compensada por el rango regio de María Ana. El marcado ceremonial español que prevalecía en Nápoles, desarrollado sobre todo desde la visita de Carlos V en 1535, no había tenido oportunidad de adaptarse a la recepción de invitadas femeninas, con la excepción de la hija de este último, Margarita de Austria. Las transformaciones que la corte española había planteado para estos casos en el tramo final del valimiento del duque de Lerma aún no se habían aplicado⁴⁰.

4.1.Preparativos y planificación del ceremonial

Las tensiones suscitadas entre Alba y Alcalá empañaron la entrada de la Infanta en la gran capital partenopea. La acogida en otros estados italianos por los que pasó el séquito había estado marcada por las tensiones entre los dignatarios locales. Por ejemplo, en Reggio Emilia, el Senado se encargó de organizar las celebraciones, mientras que, en Livorno, puerto del gran ducado de Toscana, fue la propia Gran Duquesa la que acudió saludar a la infanta. En Roma, la recepción del Papa, Urbano VIII Barberini (de conocida simpatía filo francesa y contrario a los intereses españoles) fue confiada a Monseñor Antonio Serra, que llevó como regalo un capelo

³⁹ FIORELLI, Vittoria, “<<Non cala la testa di niuna maniera>>: il soggiorno napoletano di Maria Anna d’Austria nel 1630”, en Galasso, Giuseppe, Quirante, José Vicente, Colomer, José Luis (dirs.), *Fiesta y Ceremonia en la corte virreinal de Nápoles (siglos XVI y XVII)*, Madrid, Centro de Estudios Europa Hispánica, 2013, p. 333.

⁴⁰ FIORELLI, Vittoria, *op. cit.* p. 335-336

cardenalicio para el obispo de Sevilla, Gaspar de Borja y Velasco, así como la Rosa de Oro para la Infanta, como uno de los honores más relevantes en el ritual pontificio que podían concederse a las mujeres⁴¹.

El cortejo llegó a la isla de Procida, próxima a la entrada del Golfo de Nápoles, con 36 galeras. Allí el duque de Alcalá y su mujer, Beatriz de Moura y Pacheco, la duquesa, acudieron a recibir a la Infanta. Este recibimiento oficial se tendría que haber realizado al entrar en las aguas territoriales del reino, junto al puerto de Gaeta, por lo que su realización en un lugar próximo a la capital fue muy mal advertida por Alba y el séquito de María Ana. La Infanta ya tratada como reina de Hungría, se quedó poco tiempo en Procida y así se trasladó a Posilipo, aún más cerca de Nápoles, a la casa del príncipe de Colobrano, amigo del duque de Alba. La entrada oficial a la ciudad se retrasó debido a que el duque de Alcalá demoraba su salida del Palacio Real donde debía alojarse María Ana con su séquito. Ante esta situación la Infanta, aconsejada por el duque de Alba envió a sus aposentadores para que despejasen el Palacio y lo dejaran dispuesto para su llegada. El encargado de adecentar las estancias fue Federico Moles, caballero del hábito de San Juan y miembro de una poderosa familia de nobles letrado de Nápoles, con origen catalán y adepto a la facción local aglutinada por Alba durante su virreinato. El *Síndico* (organizador de las ceremonias) para la entrada de la Infanta, fue Ettore Capecelatro, de otro gran linaje togado. Él fue el encargado de disponer un puente baldaquino en el muelle de Nápoles que, siguiendo una tradición iniciada por la entrada de Fernando el Católico en 1506, se decoró con una tela de oro blanca y dorada, la cual mandaría enviar María Ana (de acuerdo con otra costumbre local), como limosna a la iglesia de Nuestra Señora de Constantinopla en el centro de la capital.

La entrada oficial en la ciudad se produjo finalmente el 24 de julio de 1630, el *Síndico* y los *Electos* de los *seggi* o plazas de la ciudad, no intervinieron en la ceremonia por desavenencias acerca del puesto que cada uno de ellos debía ocupar en el cortejo, un conflicto frecuente en las grandes solemnidades de la capital, que atestigua el protagonismo político del ceremonial, por lo que la entrada de María Ana no fue del decoro que se debía⁴².

4.2. Actos públicos y privados

La distinción entre espacios públicos y privados en el siglo XVII era muy fluida y con

⁴¹ FIORELLI, Vittoria, *op. cit.* p. 337

⁴² RENAÑO, José, *op. cit.* p. 502.

múltiples contaminaciones entre dos ámbitos no bien delimitados. El ceremonial intentaba resaltar ciertas diferencias, pero estas se veían desbordadas por las necesidades continuas de representación del poder en todo momento y lugar. La imagen del monarca (y por extensión de sus máximos representantes como los virreyes) se encontraba entre el modelo del monarca oculto e inalcanzable y el de su exposición, siempre rodeado de los máximos exponentes de su corte, para determinar el espacio social a través de la graduación del rango del acceso a su persona. Las reinas y otros miembros femeninos de la familia real representaban una cara más accesible del poder, así de como su adaptación a la ritualidad pública⁴³.

La visita de la infanta María Ana a Nápoles refleja esta ambigüedad de la función simbólica y política que se reconocía a las esferas teóricamente más íntimas o expuestas al espectáculo, tanto en el Palacio como en la ciudad. En todos esos escenarios aquella ocasión excepcional de encuentro entre un miembro destacado de la familia Real y la ciudad más relevante de la Monarquía se vieron afectados por los desajustes organizativos con arreglo a las prescripciones rituales. Estos fallos, que conmocionaron a los distintos estamentos locales como prueba del protagonismo conferido al ceremonial, se debieron a las tensiones políticas y clientelares entre el duque de Alba y el duque de Alcalá. Para entender el conflicto subyacente al uso y al mal uso de las etiquetas analizaremos los principales episodios de la visita.

- Entrada y recibimiento

La entrada de María Ana de Austria en Nápoles comenzó con el desembarco en el puerto y continuó con el recorrido hasta el Palacio. A esos momentos solemnes, según las crónicas, no acudieron nobles titulados, ni oficiales de la ciudad, incluido el alcalde, como consecuencia de las disputas ya mencionadas entre Alcalá y Alba. El cortejo, encabezado por el arzobispo Diego Guzmán de Haro, que reservó el honor de acompañar a la litera de la reina, al virrey y a su predecesor, relegó a los altos oficios del Reino a un lugar de segundo orden. Esta decisión no fue bien recibida al sembrar la confusión en el reconocimiento del rango de los distintos cargos, tanto municipales como regnícolas conscientes de la pérdida de protagonismo en la ceremonia, el alcalde los Electos de los *seggi* o plazas de la ciudad y sus oficiales, declinaron participar en la entrada para proteger su dignidad pública⁴⁴.

La entrada se produjo el 24 de julio de 1630. Con la Infanta llegaban el duque de Alba,

⁴³ FIORELLI, Vittoria, *op. cit.* p. 339

⁴⁴ FIORELLI, Vittoria, *op. cit.* pp. 337-338

el cardenal de Sevilla, Gaspar de Borja y Velasco, conde de Barajas, Diego Zapata de Silva y Guzmán, dos embajadores del Emperador (el residente en Madrid, marqués de Cadarete y el extraordinario el conde de Francaburg). Estaban también todos los oficios relevantes de la Casa de la nueva Reina de Hungría, así como múltiples nobles y veinticuatro soldados de la guardia real (doce españoles y doce alemanes).

Debido al buen recuerdo del gobierno del V duque de Alba en Nápoles, cultivado por su extensa clientela local, durante la Entrada se escucharon gritos de “viva el duque de Alba”, causa de la indignación de los nobles de la facción contraria aglutinada por el virrey vigente, duque de Alcalá, que incluso llegaron a movilizarse para detener a los autores de los vítores. La situación se hizo aún más compleja por la presencia del VI conde de Monterrey, Manuel de Fonseca y Zúñiga, que sería nombrado virrey en mayo de 1631⁴⁵ en sustitución de Alcalá, el parentesco del conde de Monterrey con el valido de Felipe IV, el Conde Duque de Olivares, introducía un elemento de complejidad clientelar en medio de las disputas protagonizadas por el duque de Alba y de Alcalá⁴⁶.

A estas tensiones se sumaron las desatadas entre los grupos nobiliarios de la ciudad que habían acaparado los nombramientos públicos de los últimos meses, a partir de sus relaciones con el poder virreinal. El ceremonial de la entrada de la infanta-reina canalizó las disputas políticas y de intereses familiares que, a su vez, se extendían desde la corte virreinal hasta la propia corte regia⁴⁷.

Frente a la división de las elites aristocráticas, la participación popular en la Entrada fue masiva y acorde con la función aclamatoria que se le asignaba. También respondió a los cánones ceremoniales la abundancia de las decoraciones y la imponente escolta militar española del cortejo. En el conjunto del reino de Nápoles la presencia de María Ana de Austria fue interpretada como una compensación por la larga ausencia de los monarcas, como ya había ocurrido bajo Felipe II con la estancia de don Juan de Austria⁴⁸.

La entrada de la Infanta se adecuó a la escenografía del poder establecida por las diversas etiquetas, tanto de la corte regia como de la corte virreinal y de la propia ciudad cabeza del

⁴⁵ RIVAS ALBALADEJO, Ángel, “Manuel de Fonseca y Zúñiga, VI conde de Monterrey”, en *Visiones Cruzadas. Los virreyes de Nápoles y la imagen de la monarquía de España en el Barroco*, Barcelona, Edicions de la Universitat de Barcelona, 2017, pp. 239-240.

⁴⁶ RENAÑO, José, *op. cit.* p. 502

⁴⁷ FIORELLI, Vittoria, *op. cit.* p. 338

⁴⁸ FIORELLI, Vittoria, *op. cit.* p. 339

Reino. Una de sus máximas expresiones fue la decoración efímera. Las diferentes crónicas se detienen con mucho detalle en la pompa de las decoraciones de los barcos, en los adornos de los muelles, en los colores y en los adornos de las vestimentas, en los diferentes diseños de las variadas decoraciones y en los diversos materiales utilizados para amueblar las literas de los invitados y de las damas del séquito. Especial relieve revistió al repertorio de lenguajes iconográficos y rituales para dotar de significado el poder. Los mensajes desplegados, tanto en imágenes como en textos, tienden a reforzar el vínculo con el territorio y con los diferentes grupos sociales que habitaban el mismo. La fuerte presencia aristocrática y las formas de distinción social codificadas, acentuaron la impregnación cortesana de los rituales cívicos⁴⁹.

Testimonio del complejo ensamblaje entre el ceremonial de la corte y de la ciudad fueron las protestas de los Electos de los *seggi* en el marco de las ya mencionadas desavenencias con las otras autoridades urbanas. Las tensiones desencadenadas por la Entrada de María Ana de Austria continuaron durante el resto de su estancia en Nápoles⁵⁰.

Dos relevantes testimonios pictóricos reflejan la complejidad de esta encrucijada política y ceremonial. En primer lugar, contamos con un polémico cuadro del pintor napolitano Domenico Gargiulo, buena parte de cuyas obras pueden interpretarse como una crónica visual de la vida de la ciudad. La documentación conservada demuestra que el capitán Genaro Rusca tenía en su propiedad un cuadro de Gargiulo que durante mucho tiempo se identificó con una imagen oficial del desembarco de la Infanta en Nápoles. Así lo interpretó el historiador napolitano Bernardo de Dominici a principios del siglo XVIII. Sin embargo, en los últimos años la crítica ha resaltado que en dicha obra la figura femenina central camina flanqueada por dos cardenales y lleva un tocado más propio de la moda vigente en la década de 1640 que en la del momento de la Entrada de la infanta María. De ahí que predomine la idea de que este cuadro de Gargiulo representa en realidad el embarco de Mariana de Austria, sobrina y prometida de Felipe IV, en el puerto ligure de Finale, en su trayecto de Viena a Madrid, un hecho que tuvo lugar en agosto de 1649⁵¹.

Por otro lado, la visita de María Ana de Austria a Nápoles en 1630 coincidió con la estancia en la ciudad de Diego Velázquez, al final de la primera estancia de este en Italia. Antes

⁴⁹ FIORELLI, Vittoria, *op. cit.* p. 339

⁵⁰ FIORELLI, Vittoria, *op. cit.* p. 340

⁵¹ PÉREZ SÁNCHEZ, Alfonso E., ALONSO MORAL, Roberto, *Embarco de la reina Mariana de Austria en el puerto de Finale*, <https://www.fundacionbancosantander.com/es/cultura/arte/coleccion-banco-santander/embarco-de-la-reina-mariana-de-austria-en-el-puerto-de-finale>, fecha de consulta 26/06/2025.

de embarcar para Barcelona, el pintor de cámara de Felipe IV debió realizar el retrato de la Infanta, destinado probablemente a su hermano el monarca, e identificado con el que actualmente se conserva en el Museo del Prado y que figuraba entre los bienes del artista a su muerte, si bien esa interpretación no es unánime entre los especialistas⁵².

- Palacio, Banquetes, espectáculos y teatro

Como era habitual la flota que trasladaba a la infanta se detuvo en el primer puerto del Reino en el mar Tirreno tras flanquear la frontera de los Estados pontificios. Allí el primer encargado de la recepción fue Fabrizio Carafa, que precedió a la delegación de embajadores del gobierno de la capital. Como era común en las llegadas a Nápoles de visitas en verano, en un primer lugar la reina desembarco en Posillipo, donde se alojó en la residencia del príncipe de Colobrano, como se ha dicho con anterioridad. De acuerdo con la hospitalidad aristocrática se decoró especialmente el jardín, lugar típico para el entretenimiento. Las descripciones destacan el protagonismo de la gastronomía, a través de platos artificioosamente presentados y acompañados por una selección de “aguas conciliadas”.

El relato de la estancia en Nápoles de la Infanta estuvo a partir de este momento presidido por la presencia de las mujeres en su entorno. Esa sociabilidad femenina llegó a desbordar incluso los estrictos marcos institucionales. La insistencia en las deferencias de las damas locales hacia la regia invitada podría interpretarse como un reflejo del interés del Conde Duque de Olivares para acercar a los linajes de los distintos reinos con la corte española. La mediación femenina con el poder dotaba de unos rasgos amables y benévolos a las relaciones entre las elites y las personas reales, incentivando la relevancia política del encuentro entre María Ana de Austria y el Reino de Nápoles a través de esas vías informales⁵³.

Tanto la entrada como el resto de la estancia de la Infanta se integró en los ámbitos propios de la nobleza napolitana, a través de los lugares y costumbres consolidados por la tradición. Pese a todo, no faltaron las desavenencias causadas entre las elites locales por el rigor del ceremonial español a la hora de graduar su acceso a la hermana del Monarca⁵⁴. Así, por ejemplo, algunas fiestas organizadas en el Palacio Real de Nápoles a instancias del duque de Alba fueron observadas por la Infanta detrás de una celosía, en contra de la opinión del virrey

⁵² SALORT PONS, Salvador, *Velázquez en Italia*, Madrid, Fundación Apoyo a la Historia del Arte Hispánico, 2002, pp. 44-45

⁵³ FIORELLI, Vittoria, *op. cit.* p. 339-340

⁵⁴ FIORELLI, Vittoria, *op. cit.* pp. 340-342

Alcalá⁵⁵.

Especial relevancia tuvo la mascarada de estilo húngaro el 17 de octubre de 1630. Su organización estuvo a cargo del príncipe de Colobrano y el marqués de Villanova por el cumpleaños de la Infanta. La fiesta duró en torno a unas ocho horas estuvo amenizada por la interpretación de una pieza musical creada para la ocasión a partir de un texto de Giambattista Basile, que había publicado un epitalamio o poema lírico para celebrar la boda de María Ana con el Rey de Hungría. Así mismo se celebró un baile en el atrio de la Sala Regia del Palacio Real, organizado en ese lugar por decisión del Consejo Colateral, máximo órgano del gobierno del reino junto al virrey, pese a la resistencia del duque de Alcalá, probablemente debida por el temor a un excesivo protagonismo de su predecesor el duque de Alba. Debido a esta visita, la rigidez del ceremonial corrió el riesgo de empeorar las relaciones entre la delegación española y la clase aristocrática de Nápoles. La resistencia de algunos grandes linajes locales a participar en el baile, ante el temor de no ver adecuadamente reconocido su rango en el rígido ceremonial del espectáculo, hizo necesario un compromiso que exteriorizara la cercanía de la nobleza napolitana a la Infanta⁵⁶.

Estas festividades reflejan hasta qué punto se difuminaban los límites entre el espectáculo y la autocelebración ceremonial de las elites enmarcadas en una pugna política y faccional. Se trata de una característica común a la teatralidad de la cultura cortesana del momento que identificamos con el concepto moderno de *barroco*. En este sentido todas las reuniones de la nobleza tendían a desarrollar un ambiente escenográfico, con frecuencia dotado de decorados específicos y adecuados al diseño arquitectónico de las residencias oficiales. En el caso del Palacio Real de Nápoles, celebraciones como las organizadas en honor de María Ana de Austria insistían en el despliegue de elementos simbólicos como las Columnas de Hércules identificadas con el carácter universal de la Monarquía⁵⁷.

- Celebraciones religiosas

Una de las máximas expresiones de las implicaciones religiosas de la visita fue el envío de un legado especial del papa Urbano Barberini como era Monseñor Antonio Serra, exponente de la facción española de la curia pontificia portador de la Rosa de Oro, máxima distinción papal concedida a la nueva reina de Hungría como reconocimiento, según una larga tradición,

⁵⁵ RENAÓ, José, *op. cit.* p. 502

⁵⁶ FIORELLI, Vittoria, *op. cit.* pp. 343-344

⁵⁷ FIORELLI, Vittoria, *op. cit.* p. 342

a la Monarquía Católica⁵⁸.

Junto al protagonismo de la relación privilegia con la cercana corte papal, la visita desplegó las muestras de la piedad dinástica en los principales lugares de culto de Nápoles. En este sentido el acceso a los claustros, asociado a las damas de la nobleza, se vio impulsado por la presencia del nuncio Serra junto a la Infanta, lo que facilitó el acceso a los diferentes monasterios sin necesidad de recurrir a la mediación, siempre polémica, del Arzobispado de la capital. La Infanta fue recibida solemnemente en complejos conventuales de antigua vinculación con la Corona como la *Santissima Trinità delle Monache* y Santa Chiara. Doña María visitó estas iglesias y claustros, engalanados con lujosas decoraciones similares a las que desplegaron las ceremonias de la ciudad y la nobleza⁵⁹.

Un motivo adicional que impulsó la visita a los centros conventuales fue la necesidad de reactivar la aclamación popular, para que no decayera la expectativa social desplegada por la Entrada. Un complejo sistema de gestos envolvió estas visitas piadosas, como atestigua el caso del gran centro asistencial, vinculado a una fundación religiosa, del Hospital de la Annunziata. Allí el regente de la institución, el marqués de Torrecuso, regaló a la Infanta una escribanía de cristal con incrustaciones de oro y plata, en cuyo interior había un rubí de gran tamaño junto a un pequeño retablo representando la Anunciación. Como gesto de contención, la Infanta aceptó la escribanía, pero no el rubí⁶⁰.

Relevancia especial tuvo la visita a la catedral, donde se alzó un altar junto al dosel debajo del cual se sentaba el cardenal arzobispo. Allí se expuso la reliquia de la Sangre de San Genaro, para que la Infanta pudiera venerarla. Sin embargo, esta disposición original fue alterada y cuando la hermana de Felipe IV entró en el templo, únicamente estaban visibles el dosel y la cátedra del cardenal, un gesto considerado de descortesía hacia la Infanta. El prescriptivo reconocimiento de los más altos privilegios ceremoniales para la Infanta por parte de las órdenes religiosas contribuyó a incentivar la disputa con el cardenal Boncompagni. Este había recibido a María Ana en Posilipo y más tarde acudió a rendirle homenaje en el Palacio Real. A pesar de todo, cuando la Infanta quiso visitar la Catedral, después de posponer esta visita en varias ocasiones, el arzobispo no acudió, para así evitar cualquier encuentro, por lo que no recibió como se debía a la infanta, poniendo como excusa su habitual indisposición y

⁵⁸ ORUETA, Luis, "Fernando Afán de Ribera", *op. cit.*, p. 246.

⁵⁹ RENAÑO, José, *op. cit.* p. 503

⁶⁰ ORUETA, Luis, "Fernando Afán de Ribera", *op. cit.*, p. 246-247.

enviando así a un sustituto, por las pretensiones de la delegación de María de quitar el baldaquino y la silla sobre el altar correspondientes al jefe de la diócesis ⁶¹. Un día después se quiso disponer la veneración de la reliquia del patrón de Nápoles de nuevo en la Catedral. Para ello fueron enviados allí el arzobispo de Sevilla y el Conde de Barajas, mayordomo de la Infanta, con la orden de retirar el dosel de la cátedra arzobispal para no ofender al rango de la Infanta. Tras retirar ese signo de protagonismo ceremonial de un poder alternativo al de la Corona, María Ana pudo finalmente acudir a venerar la reliquia⁶².

La relevancia conferida a la decoración ocasional de los lugares sagrados está ampliamente atestiguada en las diversas fuentes de la visita. Así lo reflejan, por ejemplo, las celebraciones del 8 de septiembre de 1630 en el santuario de Piedigrotta, a las afueras de la ciudad. En el santuario de la virgen en Piedigrotta, el duque de Alba exigió que se quitara el baldaquino del abad del complejo monástico para dejar espacio a uno para la Infanta que resaltara su posición de privilegio en la función litúrgica. Esta actitud fue considerada arrogante por parte de las Elites napolitanas, que se proyectó en la acogida organizada a María Ana por parte de otras iglesias de la ciudad⁶³. Así como en la céntrica iglesia jesuita del Gesú Nuovo, organizadas por el cardenal Francisco Borja. En este gran templo donde se organizaban también destacadas celebraciones de la monarquía, la influencia mutua entre el ceremonial profano y la liturgia se expresó en diversos poemas e incluso danzas para recibir a la Infanta, así como en el montaje de una Porta Augusta a modo de arco triunfal en la nave de la iglesia para pautar el cortejo a través de distintos espacios. La Infanta no pudo asistir a la celebración de San Gaetano da Thiene (San Cayetano), celebración destacada en la ciudad de Nápoles, pero sí realizó dos visitas a la iglesia teatina de San Paolo Maggiore. En este céntrico templo, próximo al de San Lorenzo, se produjo una distorsión del ceremonial codificado, por el excesivo celo de los clérigos regulares. La Infanta fue recibida bajo palio desde la puerta de la iglesia hasta el altar mayor. Por otro lado, la Infanta pidió la repetición de la procesión llamada *Battaglioni* que se iniciaba en la iglesia de Montecalvario y recorría varias calles del centro el Sábado Santo por la tarde. La participación en el rito cuaresmal resaltaba la implicación constante de la Corona de España en los rituales tradicionales napolitanos⁶⁴.

⁶¹ FIORELLI, Vittoria, *op. cit.* p. 345

⁶² RENAÑO, José, *op. cit.* p. 503

⁶³ FIORELLI, Vittoria, *op. cit.* p. 346

⁶⁴ FIORELLI, Vittoria, *op. cit.* pp. 344-345

Tanto el duque de Alba como el arzobispo de Sevilla exigieron a la máxima autoridad de la diócesis napolitana una sumisión ceremonial equivalente a la impuesta a las autoridades municipales. El Arzobispo se negó a estas exigencias al igual que lo habían hecho el alcalde y los Electos de los *seggi*.

No todas las comunidades religiosas se mostraron dispuestas a aceptar el ceremonial exigido por el cortejo de la Infanta. Mientras que jesuitas y teatinos fueron favorables a una política de entendimiento con el cortejo regio, otras ordenes como los capuchinos insistieron en mantener su propio ceremonial litúrgico y devocional.

Al no haberse producido la entrada y recibimiento de una reina desde el año 1506, desde que Germana de Foix acompañó a Fernando el Católico a su visita a Nápoles, órdenes religiosas como la de los teatinos optaron por aplicar el ceremonial español para acoger a los soberanos en los templos⁶⁵.

- Salida de María Ana de Austria de Nápoles

Las semanas pasaban y no había señales de que el cortejo regio fuera a dar por acabada su visita. Las iniciales señales de fiesta empezaban a ser una carga pesada. Después de tres meses, el virrey Alcalá, se atrevió a preguntarle a la Infanta en qué fecha tenía planteado partir a su destino con la intención de asegurar los recursos necesarios. El duque de Alba, responsable de la organización del viaje, consideró esa pregunta una falta de respeto y una ofensa hacia la majestad real, cosa que utilizaría en un futuro en contra de la corte y de su adversario el duque de Alcalá. La Infanta le trasladó su intención de abandonar la ciudad el 19 de diciembre, algo más de cuatro meses después de su llegada. Finalmente, la tarde del 18 de diciembre de 1630 se produjo la ceremonia de salida, aunque menos espectacular que la ceremonia de bienvenida, constó de una larga cabalgata, con cientos de participantes⁶⁶. La participación del patriciado urbano y la nobleza fue muy inferior de la ceremonia de recepción el 18 de agosto. Aunque las descripciones del acto lo magnifican, parece evidente que se intentó compensar a las elites locales por su postergación respecto a la delegación española en el cortejo de recepción. La cabalgata de despedida estaba encabezada por los duques de Alba y de Alcalá, que iban a caballo junto con el cardenal de Sevilla, el alcalde de Nápoles y los Electos de los *seggi*. Todo

⁶⁵ FIORELLI, Vittoria, *op. cit.* p. 346.

⁶⁶ ORUETA, Luis, "Fernando Afán de Ribera", *op. cit.*, p. 247-248. Vittoria Fiorelli ha publicado un grabado realizado en 1680 por Alessandro Baratta, que ocupa siete pliegos unidos horizontalmente. El dibujo refleja cuidadosamente el frente marítimo que presentaba Nápoles a fines del siglo XVII.

esto acompañado de un séquito de ochenta pajes y lacayos lujosamente ataviados.

En el cortejo de despedida, el alcalde Ettore Capecelatro y los Electos de los *seggi* pudieron lucir las costosas libreas que se utilizaban para las grandes ocasiones. La salida, que había sido retrasada en varias ocasiones por la resistencia a abandonar la ciudad del duque de Alba, que quería a toda costa desgastar al virrey Alcalá, se vio ensordecida por las consecuencias económicas que tuvieron los festejos en los presupuestos de Nápoles, precisamente en un momento en el que la Corona pedía al virrey que movilizara unos esfuerzos económicos del reino considerados excesivos por parte de las elites locales.

Las diferentes desavenencias junto a los intentos del virrey Alcalá por recortar estos gastos de la visita minaron su posición en la corte que hicieron que fuera llamado a Madrid para justificar su acción de gobierno. No fue solo el debate sobre la carga financiera, sino también el conflicto por la continua negación del papel de las autoridades locales y el contraste con una facción de los nobles napolitanos, lo que ensombreció la visita de María Ana de Austria a Nápoles⁶⁷.

5. Conclusiones

El estudio y análisis del ceremonial en Nápoles durante la visita de María Ana de Austria en 1630 nos permite observar no solo las diferentes manifestaciones del poder dinástico y cortesano de la Monarquía de España, sino que también nos permite conocer las controversias políticas, sociales y culturales arraigadas en el Nápoles del siglo XVII. No es únicamente un conjunto simple de rituales acompañados de un regio protocolo, sino que el ceremonial configuraba una esfera de competición entre los diferentes ámbitos de poder: el virrey, la nobleza, la Iglesia y los enviados reales, cuyos intereses y legitimidades, aunque coincidentes en los presupuestos fundamentales, podían tener amplios márgenes de conflicto.

Como hemos visto, esta visita se vio perjudicada por las tensiones entre el duque de Alcalá y el duque de Alba, virreyes sucesivos de Nápoles. En la canalización simbólica de esas tensiones resultó decisiva la escasa tradición ceremonial del reino partenopeo referente a las figuras femeninas de tan alto rango como el de la hermana del Monarca. Los diferentes problemas surgidos por las precedencias entre los miembros de las elites en los cortejos y festividades, entre otras disputas protocolarias, evidenciaron no solo el frágil equilibrio del poder en Nápoles, sino también la torpeza de la administración virreinal del duque de Alcalá

⁶⁷ FIORELLI, Vittoria, *op. cit.* p. 347-348

para adaptarse a una visita de tan alto rango.

A pesar de las múltiples celebraciones, el conjunto del sistema ceremonial desplegado durante la estancia de la Infanta puede considerarse un fracaso al no conseguir sus objetivos fundamentales: la consolidación de la imagen de la unidad de la Monarquía, el reforzamiento de la lealtad de los poderes locales y la transmisión de una imagen cohesionada y ordenada de la autoridad. La reacción de las autoridades de la ciudad de Nápoles, plasmada en la ausencia en la Entrada, así como las tensiones con el alto clero, reflejan el gran malestar existente con el gobierno del duque de Alcalá, azuzado por su predecesor el duque de Alba.

Estos episodios nos permiten entender la complejidad del ceremonial como instrumento político en su función representativa de los distintos reinos integrados en la Monarquía de España. Lejos de tratarse de un problema meramente formal, constituía un lenguaje de poder, fundado en los conceptos de honor y jerarquía. La deficiente gestión de su plasmación práctica respondió a una dialéctica política que, a su vez, se vio acentuada por las propias disputas ceremoniales. Su principal efecto fue el cese del virrey Alcalá y el empeoramiento de las relaciones del poder virreinal y las autoridades de la capital. Estos problemas excepcionales por el rango de María Ana de Austria eran sin embargo habituales no solo en las distintas cortes virreinales de la Monarquía de España, sino en el conjunto de las cortes europeas, presididas en estas primeras décadas del siglo XVII por un reforzamiento de la escenografía del poder que conllevó numerosos conflictos con los grupos locales y sus propios códigos de representación.

6. Bibliografía:

- ANTONELLI, Atillio, “Los maestros de ceremonias”, en Mauro, Ida, Viceconte, Milena, Palos, Joan Lluís (eds.), *Visiones Cruzadas. Los virreyes de Nápoles y la imagen de la monarquía de España en el Barroco*, Barcelona, Edicions de la Universitat de Barcelona, 2017.
- ATTILIO, Antonelli, “Introduzione”, en Antonelli, Attilio (coord.), *Ceremoniale del vicereame spagnolo di Napoli 1535-1637*, Napoli, arte'm, 2019.
- ENCISO ALONSO-MUÑOZ, Isabel, “Nobleza y Monarquía: corte y ceremonial en la “Nápoles española””, en García Guerra, Elena María, Linares González, Héctor, Perruca Gracia, Marina, Feros Carrasco, Antonio (coords.), *De la nobleza y la caballería: privilegio, poder y servicio en la articulación de la sociedad moderna, ss. XVI-XVII*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2019.
- FIORELLI, Vittoria, ““<<Non cala la testa di niuna maniera>>: il soggiorno napoletano di Maria Anna d’Austria nel 1630”, en Galasso, Giuseppe, Quirante, José Vicente, Colomer, José Luis (dirs.), *Fiesta y Ceremonia en la corte virreinal de Nápoles (siglos XVI y XVII)*, Madrid, Centro de Estudios Europa Hispánica, 2013.
- ROMANA VENEZIANO, Giulia Anna, “La actividad teatral” en Mauro, Ida, Viceconte, Milena, Palos, Joan Lluís (eds.), *Visiones Cruzadas. Los virreyes de Nápoles y la imagen de la monarquía de España en el Barroco*, Barcelona, Edicions de la Universitat de Barcelona, 2017.
- HERNANDO SÁNCHEZ, Carlos José, “Tempi di cerimonie: Miguel Díez de Aux e la corte vicereale di Napoli”, en A. Antonelli (ed.), *Cerimoniale del vicereame spagnolo di Napoli, 1503–1622*, Nápoles, Estudio de Arte Paparo, 2016.
- HERNANDO SÁNCHEZ, Carlos José, “Los virreyes de la Monarquía de España en Italia, Evolución y práctica de un oficio de gobierno”, en *Studia Historica. Historia Moderna*, 26 (2009).
- HERNANDO SÁNCHEZ, Carlos José, “Teatro del honor y ceremonial de la ausencia. La corte virreinal de Nápoles en el siglo XVII”, en ALCALÁ-ZAMORA, José y BELENGUER, Ernest (coords.), *Calderon de la Barca y la España del Barroco*, vol.I, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales / Sociedad Estatal España Nuevo Milenio, 2001.

- HERNANDO SÁNCHEZ, Carlos José, “Nombre y ceremonia: la construcción historiográfica de las cortes virreinales en la Monarquía de España”, en Antonelli, Attilio, Chiantore Francesca, Mazzola Elena (coords.), *Napoli vicereale e le altre corti spagnole in Italia*, Italia, FedOAPress, 2023.
- NOVI CHAVARRIA, Elisa, “Dentro e fuori di Palazzo. Cerimonie e pratiche religiose degli spagnoli a Napoli, secc. XVI-XVII”, en Antonelli Attilio, Chiantore, y Mazzola, Elana (coords.), *Napoli vicereale e le altre corti spagnole in Italia*, Italia, FedOAPress, 2023.
- ORUETA, Luis, “Antonio Álvarez de Toledo y Baumont, V duque de Alba”, en Orueta, Luis(ed.), *Los Virreyes del Sur de Italia II, Nápoles 1505-1707*, España, 2021.
- ORUETA, Luis, “Fernando Afán de Ribera, III duque de Alcalá de los Gazules”, en Orueta, Luis(ed.), *Los Virreyes del Sur de Italia II, Nápoles 1505-1707*, España, 2021
- PALOS, Joan Lluís, “Fernando Enríquez Afán de Ribera, III Duque de Alcalá (Sevilla, 1583- Villach, Austria, 1637)”, Mauro, Ida, Viceconte, Milena, Palos, Joan Lluís (eds.), *Visiones Cruzadas. Los virreyes de Nápoles y la imagen de la monarquía de España en el Barroco*, Barcelona, Edicions de la Universitat de Barcelona, 2017.
- PALUMBO, Maria Laura, “Antonio Álvarez de Toledo, V Duque de Alba (Lerín, 1568- Alba de Tormes, 1639)”, en Mauro, Ida, Viceconte, Milena, Palos, Joan Lluís (eds.), *Visiones Cruzadas. Los virreyes de Nápoles y la imagen de la monarquía de España en el Barroco*, Barcelona, Edicions de la Universitat de Barcelona, 2017.
- PÉREZ SÁNCHEZ, Alfonso E., ALONSO MORAL, Roberto, *Embarco de la reina Mariana de Austria en el puerto de Finale*, <https://www.fundacionbancosantander.com/es/cultura/arte/coleccion-banco-santander/embarco-de-la-reina-mariana-de-austria-en-el-puerto-de-finale> , fecha de consulta 26706/2025.
- RENAO, José “Ceremoniale Renao – trascrizione”, en Antonelli, Attilio (coord.), *Ceremoniale del viceregno spagnolo di Napoli 1535-1637*, Napoli, arte´m, 2019.
- RIVAS ALBALADEJO, Ángel, “Fiestas nupciales en el Palacio Real de Nápoles: las celebraciones por las bodas de los marqueses de Tarazona en 1633” en Antonelli, Attilio, Chiantore Francesca, Mazzola Elena (coords.), *Napoli vicereale e le altre corti*

spagnole in Italia, Italia, FedOAPress, 2023.

- RIVAS ALBALADEJO, Ángel, “Jusepe Renao e la Napoli vicereale del Seicento. Portieri di camera e maestri di cerimonie”, en Antonelli, Attilio (coord.), *Ceremoniale del vicereame spagnolo di Napoli 1535-1637*, Napoli, arte´m, 2019.
- RIVAS ALBALADEJO, Ángel, “Manuel de Fonseca y Zúñiga, VI conde de Monterrey”, en *Visiones Cruzadas. Los virreyes de Nápoles y la imagen de la monarquía de España en el Barroco*, Barcelona, Edicions de la Universitat de Barcelona, 2017.
- SALORT PONS, Salvador, *Velázquez en Italia*, Madrid, Fundacion Apoyo a la Historia del Arte Hispánico, 2002.
- SEGURA GRAIÑO, Cristina, *María de Austria*, disponible en <https://historia-hispanica.rah.es/biografias/28530-maria-de-austria> fecha de consulta 23/06/2025.
- SOLA, Diego, “En la corte de los virreyes. Ceremonial y práctica de gobierno en el virreinato de Nápoles (1595-1637)”, en *Tiempos Modernos*, 31, 2015.